

1.- *La importancia de lo pequeño.* Hace poco tiempo mencionábamos la situación cultural de la sociedad descubriendo en ella una mezcla inexplicable de valores auténticos y de baratijas. La palabra de Jesús viene hoy a nuestro encuentro para confirmar aquella visión. Existe una realidad que sale misteriosamente de lo subterráneo, se expresa sin pudor, e intenta dominar el mundo. Lo que se ve no es lo mejor; en términos evangélicos, la cizaña ha sido maliciosamente sembrada para prevalecer sobre el trigo y eliminarlo. Aunque la exhortación tranquilizadora del propietario del campo hace referencia a la cosecha final, no cambia la situación de riesgo irresponsablemente provocada. En el extenso texto de este domingo se nos ofrecen dos imágenes más, como respuesta al temor ocasionado por el ataque artero del enemigo. Son ellas la del grano de mostaza y de la levadura. No es simple abordar, en esa perspectiva, la controversia desigual con un mundo conformado por la cizaña o rebelde a la pequeñez del grano de mostaza y de la levadura. Existe la aceptación sin más de criterios y comportamientos no regidos por las normas evangélicas mencionadas. El espectáculo vino a desplazar la verdad y a dejar pasar lo aparente como verdadero. Pero, es urgente entrar en la ambigüedad, al modo de la luz en las tinieblas. La elección, por parte de Jesús Maestro, de lo más humilde y desechado por los hombres, constituye un procedimiento sin antecedentes en los registros del comportamiento humano.

2.- *Humildad y sabiduría.* No es un principio mitigador del riesgo, es la verdad como es. Los verdaderos pequeños tienen acceso directo a la verdad. La mojigatería querrá aprovecharse de las expresiones simples de Jesús para distorsionarlas y reducir las a una pequeñez sin inteligencia o a una

debilidad sin vigor ni valentía. No es así. Jesús, que promueve la humildad como secreto de la sabiduría, no admite que la flojera y la mentira se revistan con sus ropajes. La semilla de mostaza posee una vitalidad que en el momento de su florecimiento se manifiesta poderosa, la más poderosa. No proviene de sus dimensiones actuales sino de la calidad de vida que guarda. Dios ha decidido depositar allí su fuerza creativa, no en majestuosos especímenes de la flora. La historia presenta una constante que prueba sin dejar dudas ese proceder de Dios. El criterio corriente desplaza de la atención de la sociedad a los pobres y marginados, a los ancianos y a los enfermos, a los sin poder para hacerse notar y a los perseguidos por ser fieles a sus principios.

3.- *Hay futuro para todos.* Por momentos sobreviene el temor de que la justicia nunca llegue; que los corruptos, los calumniadores, los que han atropellado impunemente a los débiles logren que su presente sea feliz, como el del rico epulón, y el infortunio de los numerosos Lazaros termine en el vacío y en la decepción. No será así. La fe nos dice que hay futuro para todos. La segunda etapa de la parábola mencionada se cumple inexorablemente. Cada uno recibe lo que ha sembrado; cada cuerpo, iluminado por el sol, proyecta la sombra que le corresponde. La justicia se reparará, sin duda, y los quebrantos causados por la injusticia serán aliviados en contacto con la verdad. El pueblo tiene una clara e intuitiva idea de esa reparación post mortem. Es fácil e irresponsable burlarse de la justicia divina. Dios observa un comportamiento tan alejado del nuestro. No nos podemos ocultar de su mirada ni esquivar su certero alcance. El temor que el amor reemplaza contiene el acelerado descenso que inconscientemente impulsamos. Las tardías lamentaciones no resuelven la angustia existencial del fracaso. Entre las parábolas que Jesús expone aparecen las advertencias, las

expresiones directas e incisivas. El Reino de los Cielos adquiere dimensiones ínfimas para que comprendamos la inutilidad de los esfuerzos producidos por la sobreestimación de las personales posibilidades. Nuestro poder nos viene de la confianza que depositemos en el amor entrañable de Dios. Los pequeños son quienes entienden, no los grandes. Los pequeños saben ciertamente donde deben guardar sus esperanzas; no será en ellos precisamente. Los grandes, por no saber de verdad, pierden las esperanzas y la vida les resulta sin sentido.

4.- *Descuido que clama al cielo.* Los más pequeños y humildes han sido descalificados. Se los ha desatendido maliciosamente condenándolos a la miseria, negándoles los derechos elementales al trabajo digno, a la educación de sus numerosos hijos, a la salud y a una merecida jubilación. Clama al cielo este imperdonable descuido. Nuestro pueblo argentino, con la mitad de sus habitantes sumidos en la pobreza, se siente sacudido profundamente por la humillación. Es preciso que preste atención al clamor silencioso de sus pobres. Lo deben hacer, principalmente, quienes tienen una mayor responsabilidad por causa de su misión en la sociedad y de su preparación espiritual, técnica y cultural. No parece ser así. El corte por lo más débil sigue produciéndose como una ley nefasta e inapelable. ¿Cuándo, queridos dirigentes, pasará el hombre más pobre a ser respetado como persona? ¿Cuándo quienes lo tienen todo se decidirán a compartir sus bienes y talentos con quienes no tienen nada? ¿Cuándo el amor dejará de ser un verso para convertirse en una verdad sin tapujos? La utopía sigue planteada desde la reflexión serena y realista. Es imperiosa y urgente su concreción.

5.- *Apoyo de la esperanza cristiana.* El Evangelio debe resonar como el mensaje esperado y en ocasiones mal leído. Se lo debe escuchar de quien lo encarna: el mismo Jesucristo. Su presencia excluye malos entendidos y advierte que no puede ser comodín de

todos los juegos humanos. Inquieta a quienes padecen la herida vieja y abierta del pecado. Se ofrece como remedio y médico, como dolorosa curación y bálsamo. La poca o formal atención que se le presta, particularmente en algunos medios de comunicación, revela una conjura camuflada de silencio. Pero, es preciso que siga ocupando un lugar, el adquirido trabajosamente, en el esfuerzo de reflexión de los más responsables de nuestra sociedad. El alma bautizada adquiere una sensibilidad religiosa que la aproxima a apetecer la palabra de Jesús y su redentora presencia. Aramos sobre campo arado. Esperamos su fruto, nos ilusionamos con su misteriosa proyección hacia el futuro, el mismo que se anuncia, envuelto en tinieblas muy densas, en las afirmaciones de ciertos diagnosticadores de moda. La esperanza cristiana se apoya en el poder de la humilde semilla de mostaza y de la imperceptible levadura. No sé si para algunos espíritus será comprensible este evangélico concepto del poder y de la eficacia. Jesús debió resolver el mismo cuestionamiento y concluyó con una expresión aparentemente inspirada en la desilusión o el cansancio: "*El que tenga oídos que escuche*".¹

¹ Mateo 13, 9

